



Buscando a Sapo

María Baranda

Ilustraciones de Mariana Roldán





ÍNDICE

Dos amigos	~~~~~	9
La más única	~~~~~	13
Un mismo sueño	~~~~~	17
La seguidora	~~~~~	23
El encuentro	~~~~~	29
A veces sí, a veces no	~~~~~	37
Lo excepcional	~~~~~	43





Dos amigos

—¡Sapoooooooooooo! ¡Sapoooooooooooo!

Nada. Nadie.

—¡Sapoooooo! ¡Sapoooooooooooo!

Silencio.

De pronto, al fondo de la calle, se escucharon unas rápidas pisadas. Alguien corría.

Luis Prusia, el niño más azul del planeta, buscaba a Sapo.

Se habían conocido una tarde de verano, a la orilla del parque, debajo de un árbol muy alto, un encino, y junto a un charco. Sapo estaba ahí, quieto.

—¿En qué piensas? —le preguntó Luis Prusia.

—En cuántos mosquitos me voy a comer hoy —contestó Sapo inflando su pecho—, es algo que me gusta saber.

—¿Y es importante la cantidad?

—Lo es para ejercitar la memoria. Ayer, por ejemplo, me comí diecisiete, antier sólo once. Hoy llevo cinco. En tres días me he zampado

treinta y tres deliciosos insectos. También sé cuántas piedras tiene este charco: ocho.

Hubo un silencio, no muy largo, que Sapo rompió al preguntar:

—¿Y tú qué cuentas llevas?

—Yo sé cuántas líneas hay de aquí a mi casa: ciento setenta y seis.

—¿Cómo son esas líneas?

—Perfectas, simples, largas unas, cortas otras —contestó Luis Prusia sintiéndose importante.

—¿Cuántas y cuántas? —preguntó Sapo con voz de trompeta.

—Sólo hay dieciocho perfectas, cuatro simples, ciento diez largas y... —no había terminado de hablar cuando se escuchó que el cielo tronaba.

Ambos voltearon a ver la enorme nube gris arriba de ellos.

—De todas maneras, no eres un buen calculista —y después de decir esto Sapo echó un brinco tan alto que Luis Prusia, el niño más azul del planeta, se sorprendió.

—¿A dónde vas? ¡No he terminado de contar!

Pero Sapo ya no estaba, no tenía tanta paciencia para él.



Luis Prusia se sintió desilusionado. Por fin había encontrado a alguien que se interesara en contar, como él, cosas realmente importantes. Pero su pronta desaparición lo había dejado sintiéndose incómodo.

Y mejor se fue a sentar a una banca. Pensó en perder el tiempo dibujando en el suelo con sus zapatos. O también haciendo que el derecho conversara con el izquierdo:

—Hola, ¿cómo vas? —preguntó el derecho.

—Aquí, un poco aburrido... ¿y tú? —contestó el izquierdo.

—Con ganas de mojarme.

El cielo se veía cada vez más gris con nubes a punto de reventar.

La más única

Cuando dejó de llover, Luis Prusia sumergió su pie izquierdo en un charco acuoso, lodoso y poco profundo, y notó que justo delante de él estaba la chica más hermosa de todo el universo.

Tenía unos bellísimos ojos color montaña y dos listones verde limón que sujetaban su larga cabellera negra. Luis Prusia se quedó atónito, o sea, embobado, o sea, que la chica le había gustado muchísimo. Y no supo qué hacer, excepto abrir la boca.

—Alarréic, es et nav a retem sol socsom —le dijo ella dando una pirueta.

—Qué... qué... —balbuceó Luis Prusia.

—Ciérrala, se te van a meter los moscos —le tradujo la alegre jovencita.

—Tú... tú... sa... bes... ha... blar... o... tro... i... i... i... dio... ma —tartamudeó Luis Prusia.

—Pis. O sea, Sip. O sea: oy olbah ísa edsed ébeb.

Luis Prusia estaba atónito, patidifuso, sorprendido. Además de hermosa, era única. Juntó fuerzas y le preguntó rápidamente y sin tartamudear:



—¿Mepuedesenseñarahablarcomotú?

—Pis.

—Pis.

—Debes ver cada palabra que dices. Por ejemplo: agua. Y luego sólo la pronuncias al revés: auga. Es fácil.

LP, como le gustaba llamarse a veces, pensó que era una idea genial y lo intentó con:

Sapo: opas

Luz: zul

Casa: asac

Yo: oy

Amigo: ogima

Bonita: atinob

Al pronunciar esta última palabra en voz alta empezó a sentirse de color naranja amarillo con motas rojas. Volvió a decirla:

atinoB

Mejor pensó en otras, ya que empezaba a verse rojo casi morado.

Y dijo:

Juego: ogeuj

Risa: asir

Y así se quedaron jugando un buen rato. LP recordó a Sapo porque comenzó a sentir lo acuoso de su pie izquierdo, el que había sumergido en el charco.



Quiso explicarle todo a su nueva amiga; sin embargo, pensó que sería muy difícil decirlo en ese idioma del revés. Por lo que, después de pensarlo bien, simplemente se despidió.

—Sóida —le dijo sonriente a ella.

Y ella hizo una pirueta en el aire y, también, sonrió.

El cielo era azul con hermosas líneas rosas y naranjas.

Un mismo sueño

Ya era tarde, muy tarde. LP pensó que era el mejor momento para buscar a su amigo. Luego recordó que a los sapos les gusta la hora del crepúsculo, cuando los mosquitos salen a comer.

Pasó delante de la casa del señor Jet y su gata Grisette, que estaban espionando la calle tras la reja de su casa.

—¿Han visto a Sapo? —les preguntó LP con voz aún más azul que su piel.

—Nop —contestó el señor Jet enroscando la punta derecha de su bigote.

Grisette ni siquiera refunfuñó. Sólo lo observó detenidamente con su cara de pocos amigos. Era famosa en el barrio por tener, además de una sola oreja, un semblante de gata enfurecida que la hacía ver con mucha personalidad.

Grisette había llegado a casa del señor Jet hacía poco más de cinco años, una gris mañana de febrero. Desde entonces se volvieron inseparables. El señor Jet tenía una gran afición por coleccionar avioncitos

de metal, de papel, de plástico o de cualquier material. Y la gata siempre había soñado con volar. Así es que la suya era la historia de dos que se habían unido por un mismo sueño: cruzar el cielo.

—Seguiré mi camino, pero si ven a Sapo, por favor, díganle que me espere —les dijo LP con voz un poco descolorida.

El señor Jet se volvió a retorcer la punta de su bigote y tuvo una idea fantástica:

—¿Por qué no pasas a tomar una taza de chocolate caliente? Así esperas a que Sapo aparezca o, por lo menos, descansas un poco. No es bueno cansar tanto los pies.

El pie izquierdo de LP fue el primero en sentirse agradecido, y después el derecho giró un poco en señal de aprobación.

Grisette trató de mover los bigotes, porque estaba de acuerdo, pero sólo logró hacer una mueca aún más extraña de lo habitual.

A Luis Prusia se le antojó muchísimo lo del chocolate y en un tris tras cruzó la reja.

Grisette dio un minibrinco, porque ni siquiera ella, que era tan hábil para salir, lo hubiera hecho de esa manera. El señor Jet pensó que su nuevo amigo era muy sorprendente.



BUSCANDO A SAPO

El señor Jet tenía galletas, dulces, pasteles, bombones y chocolates de una gran variedad. Era lo que más comía. En cambio, Grisette se alimentaba de deliciosos peces de río, leche de lince y frutos del bosque. El señor Jet, a pesar de lo que comía, nunca jamás se enfermaba.

—¿Chocolate?

—Ajá. ¿Y puedo comer de este delicioso pastel? ¿Y de estos bombones en forma de avión? —preguntó LP salivando el delicioso banquete que estaba a punto de darse.

Comieron los tres juntos. Grisette bebió un poco de leche, sentada a la mesa.

—¿Cuál es su color favorito? —quiso saber LP.



—¿El mío o el de ella? —contestó el señor Jet señalando a su gata.

—El de ambos —respondió educadamente LP.

—El de ella es el gris, obvio, y el mío es el sepia, justo al alba. ¿Y el tuyo?

—El azul Prusia, se puede ver a la hora del crepúsculo astronómico vespertino —y al decir esto LP volteó a la ventana en el momento en que un cuervo levantaba el vuelo.

Grisette miró el vuelo del cuervo con cara de pocos amigos.

